

De la Burguesía a las Elites, entre la ambigüedad y la renovación conceptual

Pedro Carasa

Universidad de Valladolid

La teoría general de las elites llega a nosotros más por su contexto ideológico que por su contenido teórico

Muchos de los que escriben hoy sobre las elites desconocen que existió una teoría general de las elites hace tres cuartos de siglo y quienes la conocen generalmente no explicitan su posición teórica con respecto a ella. Creemos que el importante *boom* de la historia de las elites en nuestra historiografía actual es más deudor del ambiente y del significado *emic* de su nacimiento, que se recuerda vagamente en algunas tendencias actuales de fondo, que de los contenidos y axiomas de su formulación teórica concreta. De ahí que la cantidad de estudios producidos por los historiadores españoles en un reducido espacio de tiempo sea mayor que la calidad y hondura de los mismos. Recordemos brevemente el origen y significado de la teoría general de las elites, para valorar mejor esa posible influencia del contexto ideológico por encima de su contenido teórico.

Esta teoría fue elaborada por la sociología clásica italiana en la segunda y tercera décadas del siglo xx, por unos autores de extracción aristocrática y de ideología liberal ¹, que inconscientemente desde su propia cultura y posición ideológica pretenden calificar y analizar científicamente una realidad presente en el entorno. Su finalidad era lanzar

¹ Sus creadores fueron destacadamente Pareto y Mosca. PARETO, W.: *Trattato di sociologia generale*, Barbra, Florencia, 1916; MOSCA, W.: *La clase política* (1939), México, FCE, 1984.

a aquella sociedad una advertencia de realismo político y rebatir las grandes utopías igualitarias sociales del momento, bien fueran la socialista o bien la democrática, en las que veían un peligro consistente en que la masa acabara imponiéndose a la minoría. El análisis de la realidad del poder en el pasado que ellos realizaron ofreció conclusiones totalmente alejadas de ese igualitarismo presente tan temido, y afirmaron que, por el contrario, en cualquier estudio de la sociedad se descubría una ley general: siempre existe una minoría (la elite) que gobierna a la masa.

Pareto constata con carácter general que toda sociedad se compone de una elite gobernante (que participa directa o indirectamente en el gobierno), de otra elite no gobernante, y del resto, que es la no-elite. Aunque escribió que estas elites o clases superiores eran las más ricas, eso no era lo que más le interesaba, destacaba por encima de estas diferencias materiales el hecho de que era la elite gobernante la que tenía el poder, exactamente lo que la contraponía a la mayoría que no lo tiene, sin ocuparse del origen de ese poder. El otro sociólogo citado, Mosca, por los años treinta, describe la sociedad en términos semejantes, utiliza los vocablos mayoría y minoría, se basa también en esa dicotomía entre los que mandan y los que obedecen, y matiza que la minoría que domina está más organizada y compuesta por individuos superiores, y la mayoría gobernada tiene individuos inferiores y carece de organización. Estos elitistas —o maquiavelianos, como se les ha llamado— atribuyen fundamentalmente a tres elites, intelectuales, gerentes de la industria y altos funcionarios, los imponentes cambios sociales del siglo XX en que se han creado nuevas formas de sociedad, de política y de economía. Sostienen que esas transformaciones capitalistas han exigido a su vez un reclutamiento de nuevas elites, con lo que han generado una circulación de individuos dentro de ellas, pero concluyen que ha de mantenerse siempre como universal la existencia de una clase dirigente y de la masa.

Así pues, el término elite no contiene tanto un concepto teórico, historiográfico o sociológico útil para nosotros, cuanto encierra propiamente una percepción histórica que se experimentó en un momento dado. Traemos esto a colación, porque muchos autores por este camino justifican y defienden como axioma que los instrumentos para definir las relaciones sociales no han de ser acuñados sólo por un observador teórico, externo y distante, según unos supuestos atributos económicos o culturales homogéneos, sino que también pueden servir las descrip-

ciones pragmáticas de las relaciones sociales experimentadas por los individuos en sus propias historias. Es la idea que subyace a veces en ciertas formulaciones de las teorías de la modernización, la microhistoria y el microanálisis. De alguna manera, esta visión elitista representa la reacción de los valores de la vieja sociedad aristocrático-liberal decimonónica, en proceso de ruina ante la irrupción igualitarista de la democracia y del socialismo, y precisamente por ello resulta especialmente útil para conocer cómo se veían a sí mismos y a su entorno los grupos dominantes del XIX y principios del XX. Su advertencia, pues, ha de contextualizarse en el momento y en la comprensión del presente que tenían aquellos autores, y es seguro que no sirve aplicada fríamente y desde fuera al momento presente, pero sí que nos sirve a los historiadores actuales para aproximarnos a su experiencia. La sociedad liberal no aspiraba entonces, ni había aspirado nunca a la igualdad en sí misma, sólo creía en la igualdad de oportunidades y en el mérito personal con la finalidad de propiciar un ascenso social que asegurara que el poder estaría siempre en manos de los mejores. En consecuencia lógica con esas premisas, interpretaron las revoluciones y la crisis general de civilización de los primeros decenios del siglo XX como fruto de haber perdido la necesaria movilidad social propia del liberalismo, por haberse comportado las elites de forma semejante a los aristócratas del Antiguo Régimen.

Rasgos fundamentales de esta teoría que no han pervivido en el manejo actual del concepto de elites

No parece pervivir hoy la desconfianza antidemocrática que latía entonces en la teoría de las elites. El primer autor, Pareto no entendió su teoría compatible con la democracia; por el contrario, creía que ésta era indefendible porque la diferencia entre elite gobernante y masa gobernada era universal, la masa nunca podrá llegar a gobernar y ni siquiera la elite será capaz de alcanzar a representarla. Mosca, en cambio, llegó a justificar la democracia, porque admitió que esa elite gobernante o clase política podía cambiar en su composición, estaba compuesta a su vez de diferentes grupos que se equilibraban entre sí, tenía capacidad para reclutar nuevos miembros y hasta le era posible crear nuevas elites sustitutorias mediante la denominada circulación de las elites, de ese modo se permitía el acceso a la elite de individuos de las

clases inferiores. Por este camino, Mosca llegó a justificar y hacer posible la democracia en la que la elite podía representar a la no elite, admite asimismo una relación no sólo de dominio, sino también de interacción entre elite y masa, y justifica la aparición de nuevas elites, o la renovación de la elite que representa a las nuevas fuerzas sociales emergentes y sus intereses.

El miedo teórico a la igualdad es esta otra realidad que actualmente no se incorpora habitualmente bajo el concepto de elite. La teoría de las elites en parte reconocía que la desigualdad individual de tipo físico o mental está en correspondencia con la desigualdad social, de posición, prestigio y riqueza, de manera que los individuos más capacitados eran los que más posibilidades tenían de circular desde las clases bajas a las elites. Pero además de esto, confesaban la imposibilidad de una igualdad teleológica, del tipo de la propuesta por el marxismo. Los teóricos de las elites criticaron de Marx el final de una sociedad sin elases, situación que era posible gracias a que Marx entendía que después de la dominación del capitalismo y de la dictadura del proletariado ya no nacerían en la sociedad nuevas distinciones sociales y nuevas elases dirigentes que reemplazaran a las anteriores. Éste sigue siendo un punto débil del marxismo, que fue refutado por la teoría de las elites en su momento, con el argumento de que siempre habrá una nueva elite o una diferente clase política que suceda a la anterior, en definitiva, con el rechazo de la posibilidad de una sociedad igualitaria, e incluso con la no aceptación de una sociedad de masas. Más allá de estos elitistas, ciertos autores como Ortega y Gasset en 1930² o Clive Bell en 1928, añadieron teoría e interpretación a esta constatación y argumentaron que sólo esa elite podría aportar la racionalidad y crear los valores que una sociedad necesita para avanzar, porque la mayoría sólo actúa por reacción ante estímulos o castigos, los que Ortega denomina reactivos, mientras la minoría selecta actúa por creación espontánea, son los activos, y en este sentido hablan de «los hombres selectos, los nobles, los únicos que se muestran activos y no simplemente reactivos». Siendo cierto que pueden existir individuos de este calibre, otros autores como Arnold Toynbee³ corrigen la conclusión general elitista, porque creen que no está demostrado que esos creadores, líderes destacados, pertenezcan a una elite, ni mucho menos que formen parte

² ORTEGA y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976, p. 49, YBELL, C.: *Civilization. An Essay*, London, 1928.

³ TOYNEBE, A.: *A Study of History*, Oxford University Press, 1934-1961, III, p. 239.

de la elite dirigente, es decir, que creen que su capacidad depende más de su potencia individual que de su pertenencia a un grupo o elite, por eso a estos individuos excelentes el citado autor les denominó minoría creativa, una pluralidad de individuos, no un grupo de elite.

Lo que sí ha transmitido la teoría general de las elites es que las sociedades históricas han legado siempre una herencia de desigualdad básica, aunque hayan aspirado teóricamente a la igualdad, de forma tal que la desigualdad, la distinción entre dirigentes y dirigidos, es casi una ley científica de validez universal consensuada por casi todas las teorías sociales. Ello no obsta para reconocer las posibles correcciones aportadas a esta situación por la democracia, entendida como una competencia entre elites, porque esa sociedad desigual puede ser democrática al permitir que los dirigentes compitan entre sí y se releven en las elites dirigentes.

Tampoco la desconexión de la elite con las fuerzas sociales y económicas, que subyace en la teoría de las elites, subsiste en su empleo actual. Pareto y Mosca no fueron más allá de la descripción de una dualidad social y no llegaron a explicar el origen, los procesos y los resultados de esa dualidad, se les escapó en definitiva la relación de esas elites con las fuerzas sociales, su papel en el cambio político y social. Pero ya entonces fueron puestas en entredicho estas premisas, algunos autores que escribieron historia admitieron que los cambios acaecidos en las elites obedecen a mutaciones previas económicas o culturales y ello podía conducir perfectamente a transformaciones más profundas en el sistema político y en el conjunto de la estructura social. De esta manera varios autores coetáneos se acercaron más a la estructura compleja y variable de clases en oposición, de tipo marxista, que a la visión simple e inmutable, de validez universal, entre una elite dirigente y la masa. Incluso Pirenne y Schumpeter utilizan ambivalentemente los términos de clases y elites para referirse a los grupos que cambian mediante los procesos de circulación. En definitiva, la circulación de las elites y su relación con las fuerzas sociales subyacentes, analizada de manera más compleja y variable por ciertos autores, logró recuperar hace mucho el valor histórico de considerar la naturaleza cambiante de las elites y su relación con la sociedad como inductores de cambios en la tecnología, en la cultura y de valorar cómo a su vez producen diferentes estructuras sociales y diferentes sistemas de poder político.

Rasgos de la teoría de las elites que perviven en el actual manejo de ese concepto

Probablemente sea el primero el papel imprescindible del individuo en la historia. Como escribe Pro⁴, los sociólogos e historiadores sociales se hallan insatisfechos con las dos versiones fundamentales de la visión agregada de la sociedad: la visión marxista tradicional de la lucha de clases, por un lado; y, por otro, el estructural-funcionalismo, que presenta las sociedades humanas como sistemas de grupos que actúan de acuerdo con roles sostenidos por valores y sanciones que mantienen el equilibrio. Puede sostenerse como explicación teórica y general, pero encuentra muchas dificultades de aplicación cuando los historiadores analizan muchas conductas y relaciones sociales que no pueden ser explicadas en esos términos. En la investigación histórica sucede muchas veces que es preciso prestar una atención especial a los casos particulares, incluidos los casos extremos y excepcionales, por encima de esas generalizaciones, que nos pueden acercar con más verosimilitud al conocimiento de cómo funcionan las relaciones entre las personas. De ahí la propuesta microanalítica lanzada por Carla Ginzburg y Carlo Poni en favor de una historia que siga al individuo concreto a través de los diferentes contextos en los que se mueve, en lugar de subsumirlo en el anonimato de las series, los cuadros estadísticos y las estructuras abstractas". La historia de las elites recoge hoy en parte ese legado, pero sin agotar necesariamente la explicación histórica en las aportaciones individuales y combinándolas con las agrupaciones de estos elementos formando elites, como practica en parte la prosopografía.

La dualidad o dicotomía social es otro mensaje implícito en la teoría de las elites, que comparte incluso con el marxismo y que no deja de estar también implícito en la explicación liberal de la sociedad. y esta reflexión teórica es una de las constataciones más persistentes en los análisis históricos y sociológicos de las sociedades pasadas y presentes, y representa por eso otro de los legados que estas grandes construcciones sociológicas nos transmiten con suficiente actualidad como para seguir aplicándolos al pasado y al presente.

⁴ PIW, J.: «Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», en *Historia Social*, núm. 24, 1998.

⁵ GINZBURG, C., y PONI, C.: «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», en *Historia Social*, 1979, pp. 63-70.

Una de las características más específicas de la teoría de las elites en su momento fue la crítica al socialismo y que puede haber sido retomada hoy en nuestro contexto de crisis de la ideología y de los sistemas socialistas, por algunos consciente y explícitamente y por otros sin proponérselo directamente. Atrincheros en esa ley general que opone elites gobernantes y masa gobernada, los elitistas mostraron su oposición radical a la revolución proletaria del marxismo que sostiene que desde mediados del XIX el factor más importante que transforma la historia es el auge de la clase obrera como nueva fuerza social perteneciente a la masa y que finalmente la meta última será una sociedad sin clases. De esta manera, la teoría de las elites no se opone o excluye directamente el manejo del concepto y palabra de clase social, los teóricos de las elites aceptan y justifican la división de la sociedad en clases, las clases altas son descritas como elites integradas por los individuos más capaces, al margen de sus orígenes sociales, además de su existencia y de la procedencia de las elites de las clases superiores, admiten su renovación mediante la circulación, con lo que consiguen transformaciones importantes. Pero lo que la teoría de las elites refuta son los conceptos de clase dominante y de lucha de clases, niega que entre esas clases la protagonista sea la obrera, tampoco admite que esas clases estén en permanente conflicto, niega que sólo se muevan por intereses económicos y nunca podría comprender que finalmente conduzcan a una sociedad sin clases.

La elite circulante y cambiante, pues, no parece compatible con la clase dirigente de Marx, que es cerrada y permanente, tampoco se compadece bien con la meta final socialista de una sociedad sin clases que rompe la ley universal elitista, y la superioridad de la elite apoyada en las cualidades sobresalientes de sus miembros entra en flagrante contradicción con la idea socialista de que la superioridad de la clase dominante esté basada en su poder económico. Así, pues, es diferente la forma de concebir la cohesión y la naturaleza de la minoría; para la teoría de las elites se trata de un grupo coherente, bien organizado y que suele detentar riqueza y cualidades espirituales; para la teoría marxista, en cambio, esa minoría posee los medios de producción, tiene unos intereses comunes y definidos, está en permanente conflicto económico-productivo con el otro grupo, que es lo que le proporciona coherencia y sentido a su acción. Es verdad que los teóricos de las elites que criticaban el determinismo socialista a su vez resultaban deterministas al destinar a toda sociedad a estar diádicamente contrapuesta

entre una elite dirigente y una masa dirigida, y asimismo al sostener que toda elite de poder es determinantemente de una cualidad superior. Tanto Pareto como Mosca criticaron expresamente el determinismo económico como incapaz de explicar por sí solo el complejo cambio histórico, pero en su crítica exageraron ese determinismo material mucho más de lo que Marx había escrito, lo transmitieron así a otros autores y cayeron en otro determinismo ideal de parecidas proporciones. Dando un paso más cualitativo, Weber profundizó esta crítica al determinismo marxista demostrando que los cambios económicos no fueron suficientes para explicar el nacimiento del capitalismo moderno, que resultaron necesarios cambios de actitud en relación con el trabajo y con la acumulación de capital que nacieron de la religión y la ética protestante. La crítica al determinismo economicista es hoy moneda común entre los historiadores y se tiene por una verdad comúnmente admitida, pero no es tan explícito y aceptado el rechazo del determinismo cualitativo elitista.

Otro aspecto importante, que está presente en el debate historiográfico actual, y que de alguna manera plantearon los elitistas, es la discusión sobre el papel del conflicto en los procesos históricos. La teoría marxista sostenía que es esencial el conflicto entre dirigentes y dirigidos en el dinamismo social, que ambos están organizados y hasta diseñados para el conflicto e incluso que éste es el que explica la evolución y la tendencia al cambio en la sociedad. La teoría elitista, en cambio, cree que la masa dirigida es desorganizada, pasiva y que, o no presenta conflicto o, si lo presenta, éste no es determinante en el proceso. La circulación de las elites tampoco presupone un contenido propiamente conflictivo; si hay cambio de elites, se produce por la decadencia de unas o por la circulación de otras, o por el trasvase de individuos desde abajo hacia ellas, pero nunca por un conflicto, que, como mucho, sólo admiten en el caso de una oposición o competencia entre dos elites. En el más extremo de los casos, lo único que puede aproximarles a la dialéctica marxista, y de manera muy imperfecta, es el concepto admitido por algunos de la existencia de nuevas fuerzas sociales emergentes que permiten el ascenso de individuos, el relevo de las elites e incluso la sustitución de unas por otras. Aunque lleguen a admitir la existencia accidental del conflicto, nunca entenderán que el conflicto es el origen del proceso del cambio social y que tenga ninguna virtualidad creativa y explicativa en los procesos sociales por sí mismo.

Este aspecto del conflicto produce hoy en muchos historiadores una honda desazón y desconcierto; en unos casos suscita rechazo y trata de ser sustituido por nuevos discursos no dialécticos del poder, como el pacto, la transacción o el carácter interactivo del mismo, pero en otros casos esa eliminación del conflicto sólo ha resultado ser una fácil huida de la dialéctica materialista para refugiarse bajo el comodín ambiguo de elites sin aportar ningún concepto explicativo sustitutorio. y de hecho la dialéctica, por supuesto no materialista, no está ausente de la teoría de las elites, que se basa en la contraposición entre gobernantes y gobernados, entre minoría y masa, entre elite y no-elite, lo que sucede a los elitistas es que para ellos la dialéctica de este conflicto no puede ser productiva, no tiene virtualidad ni eficacia social, porque a base de oponerse estas dos realidades nunca una se impondrá a la otra, jamás la no-elite acabará eliminando a la elite; en el peor de los casos el conflicto sólo podrá producir una competencia entre elites o una sustitución de elites que viene finalmente a reforzar su poder porque le confiere una apariencia democrática. En definitiva, el conflicto para los elitistas resulta un instrumento secundario de adaptación y resistencia que consolida a las elites, mientras para los marxistas es el motor básico que, conducido por la mayoría, acabará derrocando a la clase dirigente e implantando la igualdad.

También conserva cierta vigencia la teoría de la circulación de las elites. Se trata de una considerable aportación de la obra de Pareto: las elites envejecen, se hacen rígidas al pegarse al poder, con ello pierden flexibilidad y obstruyen el ascenso de los miembros más capaces de las masas. Este anquilosamiento, a veces denominado aristocratización, genera la formación entre las masas de una elite subalterna que acabará desplazando a la elite gobernante, en virtud de su mayor capacidad, ambición y valor. Esta circulación de las elites, tal como la estableció Pareto⁶, se refería en primer lugar al paso de los individuos entre la elite y la no elite, pero también en menor medida al proceso en que una elite es reemplazada por otra, y lo más interesante es que pone en relación ambos fenómenos, de manera que la segunda circulación o relevo de elites se produce cuando la primera circulación, la de los individuos, no se activa con suficiente fuerza.

6. PARETO, Y.: *A Treatise on General Sociology*, New York, 1915-1919. Traducción *Escritos sociológicos*, Madrid, Alianza, 1987. Será su discípula KOLABINSKA, M.: *La circulación des elites en France*, Lausanne, 1912.

Los discípulos de Pareto distinguen tres tipos de circulación, una entre diferentes miembros de la elite gobernante, otra entre la elite y el resto de la población permitiendo ascender a individuos inferiores a la elite gobernante y una tercera entre la elite y la masa formándose así en el seno de ésta una nueva elite que compite con la primera. Explican a veces estos cambios en las elites por unos intereses que decaen y otros intereses que emergen, pero la mayoría de las veces lo explican por cambios sicológicos acaecidos entre los miembros de las elites. Incluso llegan a referirse a las revoluciones como un lamentable resultado del deterioro de la calidad en los estratos superiores y por el incremento de las mismas en los estratos inferiores. Como señala Bottomore ⁷, las explicaciones de Pareto para razonar los cambios de las elites, sus procesos de degradación y de emergencia son insuficientes, no explica la relación entre los intereses sociales y los cambios sicológicos, tampoco da una visión lógica de la relación existente entre la circulación de individuos y las circulación de grupos, y en menor medida aún cómo se interfieren todos estos procesos con los cambios económicos y políticos.

También Mosca habla de esa doble circulación, una que produce pugna y sustitución entre elites y otra que produce renovación interna de una elite por el ascenso de nuevos individuos a ella. En su afán por conciliarse con la democracia, de este razonamiento pasa a distinguir entre sociedades cerradas y abiertas, e identifica a las abiertas con las democráticas europeas. Pero la explicación de Mosca, como prosigue Bottomore, se refiere sólo parcialmente a las razones intelectuales, morales o sicológicas, y de manera más importante a razones sociales, da escasa cabida a causas personales e individuales, y acaba afirmando que son sobre todo cuestiones de intereses y problemas nuevos en la sociedad.

Pirenne en 1914 y Schumpeter en 1927 se acercaron también a explicar esta circulación mediante razones individuales y sicológicas, pero incluyeron en el mismo rango las sociales y económicas. Creemos que éste ha sido el resquicio por donde a los elitistas se les ha podido introducir una variable nueva en su explicación, que hoy está teniendo aceptación en la historiografía. La circulación, sea de individuos o de elites, se produce por cambios y presiones sociales previos que incitan a individuos o elites valiosas a ascender en la sociedad y a protestar

⁷ BOTTOMORE, J.: *Elites y sociedad*, Madrid, Talasa Ediciones, 1995.

finalmente por el anquilosamiento y falta de flexibilidad de la elite gobernante y propiciar con ello el cambio social de alguna manera inducido desde abajo.

Reaparición, también *emic*, del manejo de conceptos elitistas en la historiografía reciente

La presión de la corriente neoliberal, del individualismo y de la competitividad que nos envuelve en la sociedad de la globalización, vuelve a generar otro estado de ánimo y una situación *emic* comparable en parte a la que registró el nacimiento de la teoría de las elites. Así como ellos proyectaron sobre su análisis sociológico la sensación temerosa del igualitarismo amenazante, desde los años ochenta puede estar lanzándose sobre nuestra actividad historiográfica la sombra de nuestros temores hacia lo colectivo, hacia la igualación por abajo de la sociedad y hacia las democracias masificadas. Es probable, en este sentido, que la teoría de la modernización desde arriba, vinculada al pensamiento débil, a la caída de los regímenes socialistas y a la crisis de las ideologías más igualitaristas, esté inclinándonos inconscientemente al manejo de una herramienta que, cuando menos, nos parece inocua, y en otros casos homeopática, porque nos proporciona una especie de vacuna, una llamada de atención al realismo y al pragmatismo frente a los riesgos del igualitarismo reinante en los sesenta y los setenta. La utilización de la terminología de elites ha tenido la virtualidad de relajarnos ideológicamente, nos ha lanzado mensajes subliminales de conformidad con este mundo de tendencias paradójicas de concentración de poderes globales y de emergencia de poderes personales y particulares. La ley general de la desigualdad elitista también ofrece un cómodo colchón de seguridad y tranquilidad, casi como el «siempre habrá pobres entre vosotros» del catolicismo contrarreformista, produce cierta anestesia para poder convivir sin desgarros con la profunda separación entre países desarrollados y tercer mundo, o el interno desequilibrio en las sociedades fragmentadas por profundas desigualdades entre las ingentes bolsas de pobreza y la acumulación de fortunas en las clases altas. Probablemente aplicar este baremo al pasado nos reconcilie con el paradójico fenómeno de la aldea global, de la emergencia de las singularidades nacionalistas en un contexto cada vez más universalizado, de la exaltación de los líderes superiores, carismáticos y

competitivos en un mundo que oficialmente presume de solidaridad y servicios sociales.

La teoría de las elites, no lo olvidemos, fue un instrumento sociológico aplicado al análisis de la realidad social presente en el primer tercio del siglo XX, no se propuso propiamente como una teoría de interpretación histórica con validez universal. Por eso, tal vez lo más importante de la teoría de las elites aplicada al análisis de la realidad histórica estriba en que contiene elementos que resultan un instrumento muy interesante para aproximarnos a la mentalidad imperante entre fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, porque reflejan muy bien cuál era el esquema mental con el que se concebía la sociedad en aquellos momentos. Por eso su aplicación historiográfica se ha centrado en esos períodos históricos, como más adelante observaremos, y entre nosotros de manera paradigmática en la Restauración española. Pero ello no quiere decir que la teoría de las elites, inteligentemente adaptada a nuestra percepción social actual y descargada de los anacronismos y limitaciones propias de su momento, no contenga elementos aprovechables e interesantes para ser aplicados al análisis de otras etapas históricas, algunos de los cuales hemos mencionado más arriba. Lo indudable es que no puede ser miméticamente reproducida tal como la crearon Pareto y Mosca, que tampoco puede ser aplicada indiscriminadamente a cualquier período histórico, y sobre todo que no debe ser ambiguamente esgrimida como un subterfugio metodológico para esconder ataques al materialismo pasado o adhesiones al neoliberalismo presente. Ha de servir, junto con otras teorías sociales aparecidas en el pasado, para extraer y reelaborar algunos materiales válidos con que construir nuestra propia visión actual de las sociedades históricas. En las siguientes páginas trataremos de exponer cómo en la historiografía española no siempre se ha conseguido este efecto y cómo a veces se ha incurrido en los defectos mencionados.

Cierta pobreza teórica de los trabajos sobre las elites contemporáneas en España

En efecto, hemos recreado un contexto emic comparable en parte al que produjo la aparición de la teoría general de las elites, hemos retomado, superficialmente en la gran mayoría de los casos, una terminología elitista, pero no hemos reelaborado la teoría general de las

elites, ni siquiera la hemos depurado y adaptado a nuestras circunstancias, y en muchos casos ni siquiera nos hemos preocupado por conocer lo que en su día pretendieron decir los elitistas que nos precedieron. A esto es a lo que llamamos pobreza teórica de la historiografía sobre las elites, ni conocemos bien los precedentes sociológicos elitistas, ni hemos adaptado lo aprovechable de su teoría a nuestra situación actual, ni hemos recreado o inventado una teoría nueva que la sustituya. Sencillamente, usamos las herramientas a veces sólo fonéticas, de una teoría que hoy muy pocos se atreverían a defender en público.

Ello no quiere decir que no existan trabajos dedicados a la reflexión metodológica⁸, Y algunos de cierta calidad. Se han celebrado Seminarios

⁸ «Las elites en la España Contemporánea», monográfico de la Revista *Historia Contemporánea*, núm. 8, 1993. AGUIRREAZKUEENAGA, J.: «La construcción burocrática del Estado Liberal Español (1833-1854): Un banco de datos para el estudio del personal administrativo y la génesis de la sociedad civil», en *Historia Contemporánea*, núms. 13-14, 1996, pp. 111-134; BURDIEL, I., YRÓMEO, M. C.: «Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: El papel de la prosopografía histórica», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 140-156; CARASA, P.: «La recuperación de la historia política y la prosopografía», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 41; CARASA, P.: «Elites castellanas de la Restauración: del bloque de poder al microanálisis», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 157-196; CARNERO, T.: «Elite gobernante dinástica e igualdad política en España, 1874-1930», en *Historia Contemporánea*, núm. 8, 1992, pp. 35-73; GONZÁLEZ PRIETO, L.: *Poder local. elites e cambio social na Galicia non urbana (1874-1936)*, Santiago de Compostela, 1997; GORTAZAR, G.: «Oligarquía, elites y prosopografía: tres etapas en la historia de los grupos de poder», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 35; GORTAZAR, G., et al.: «Las elites en la modernización española». Monográfico de *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, 3/1, 1990; LANNON, F., y PRESTON, P. (eds.): *Elites and Power in twentieth-century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, 1990; LINZ, J. J.: «Continuidad y discontinuidad en la elite política española: de la Restauración al régimen actual», en *Estudios de Ciencia Política y Sociología, Homenaje a al profesor Carlos Ollero*, Madrid, 1972, pp. 361-423; MERINERO, M. J., Y SÁNCHEZ MARROYO, F.: «La informática y el estudio de las elites», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 247; MOLÍ, I.: «Macrohistoria, microhistoria e historia de las elites», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 63; MORALES, A.: «Consideraciones sobre las elites. Bibliografía extranjera», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 73; OCIOA GONZÁLEZ, Ó.: *Liderazgo político y elites de poder: modelo de análisis de la integración líder-elites y aplicación de casos*, Bellaterra (Barcelona), Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1996; PIQUERAS, J. A.: «De la biografía tradicional a la historia masiva, grupal e individual», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 53; PRADAS,

y Congresos en Sedano, en Santiago de Compostela y en la UNED, diversas revistas han publicado números monográficos, como *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Social, Historia Contemporánea, Revista de Estudios Políticos, Investigaciones Históricas, Hispania*, etc. Todos estos esfuerzos explícitos y colectivos, con ser meritorios y dignos de consideración, no llegan a descubrir en toda su complejidad la herencia de la vieja teoría de las elites, ni se aproximan a lo que podría ser una reelaboración de la misma, ni mucho menos aún a la creación de una nueva síntesis teórica que la supere o la sustituya. Muchos autores individualmente también se han esforzado por hacer aproximaciones teóricas como introducción metodológica en sus respectivos trabajos, es el caso de I. Burdiel, I. Pro, J. Villa, P. Carasa, L. Fernández Prieto, A. Morales, I. Moll o I. A. Piqueras. Pero en la mayoría de los trabajos no suele haber relación explícita y coherente entre la definición del concepto de elite -cuando aparece, que sucede muy raras veces- y los planteamientos generales de las obras que las tratan. Raramente hay hipótesis de trabajo que descansen en algún elemento de la concepción elitista, o en un replanteamiento de la conocida teoría, o en la revisión o superación de la misma.

R.: *Qui mana a Catalunya?: crònica del poder col·lectiu*, Barcelona, Thassàlia, 1998; PRO, J.: «Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-10:31)», en *Historia Social*, núm. 21, 1995, pp. 47-69; *Historia Contemporánea*, vol. 8, 1992, número monográfico sobre «Las elites en la España Contemporánea»; RIVERA ÓTERO, J. M.: *Elites y organización en los partidos políticos: un esquema para la interpretación del liderazgo político en las organizaciones partidistas*. [Microforma]. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico da Universidade de Santiago de Compostela, 1992; SERRANO GARCÍA, R. P.; CARASA, P., y CALVO, P.: «El caciquismo bajo la lámpara prosopográfica. Sociedad y ejercicio del poder en la Castilla de la Restauración», en *Contributions to European Parliamentary History. International Commission for the History of Representative and parliamentary institutions*, vol. LXXIX, Bilbao, 1999, pp. 667-690; SOLA, A.: «Poder político y grupos de poder», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 25. CARASA, P.: *Elites castellanas de la Restauración. I. Una aproximación al poder político en Castilla*, Valladolid, 1997, especialmente I.º capítulo; VILLA ARRANZ, J.: «Clases y elites en la investigación. Algunas reflexiones teóricas y metodológicas», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 11; VVAA, «Las elites españolas en la transición del liberalismo a la democracia». Monográfico de *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V. H.ª Contemporánea*, núm. 6, 1993; FÖRNER, S.: *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos VII y XX*, Madrid, 1997, y MARQUINA, A. (ed.): *Les elites et le processus de changement dans la Méditerranée*, Madrid, UNJSCJ, Universidad Complutense, 1997.

Puede decirse que en la mayoría de los casos se usa el concepto de elite como un comodín bastante vacío para huir de conceptos como clase, burguesía, oligarquía, bloque, etc. Sólo algunas excepciones como la de I. Pro y otros abordan explícitamente este tema y hacen reflexiones sugerentes al respecto. Suele suceder que se mezclan conceptos y terminología, que se usan ambigua y a veces contradictoriamente palabras como elite, clase social, burguesía, bloque de poder, oligarquía, sin discriminar el sentido de fondo, a veces contradictorio y excluyente, que late debajo de esos conceptos. Otras veces se presuponen contradicciones entre clases y elites que realmente no existen en la teoría.

Eclecticismo ideológico y conceptual bajo la palabra elite en la mayoría de los autores

Casi nadie define ni acota el concepto de elite que maneja. Algunos lo hacen compatible con influencias moderadas del materialismo histórico, lo compatibilizan con el concepto de clase social que frecuentemente se confunde o no se diferencia convenientemente con el de clase dominante, se esfuerzan por conectar las elites con las fuerzas y cambios sociales subyacentes con un espíritu ajeno a la teoría general de las elites, les confieren un poder económico y hasta incluso admiten la dialéctica del conflicto en sus comportamientos que también resulta extraño a esa teoría. Una minoría de autores lo encuentran un instrumento útil para analizar grupos y relaciones sociales, y sobre todo para realizar una historia social del poder en unos momentos históricos concretos, como veremos. Se han mezclado planteamientos y conceptos, a veces con descaro y sin discernimiento, entre elites, clientes, redes, caciques, notables, en este sentido reina una importante confusión en el debate sobre el poder político durante la Restauración, que frecuentemente adolece de falta de rigor en el manejo de estas herramientas intelectuales. Tampoco suelen tipificarse con exactitud las elites de las que se habla, ni descubrir su verdadera naturaleza, no se profundiza en el papel que juegan la economía, la política, la moral, la religión, la cultura, la etnia, el ascendiente social, la familia, el patrimonio, la profesión en su extracción, ascenso, circulación, reproducción, anquilosamiento y descenso. Es decir, ni siquiera se agotan todas las posibilidades que ofrecía la vieja teoría.

Sí que sucede con más frecuencia, sobre todo en los trabajos referidos a la política de la Restauración, la pretensión de excluir explícitamente

la teleología de la sociedad sin clases, la dialéctica de la lucha de clases y el determinismo económico en su explicación. Es el único aspecto al que se aplica con cierto rigor y fidelidad la teoría general de las elites, la persecución del marxismo. Es también muy frecuente su uso como instrumento de análisis e interpretación que marca con rotundidad la dualidad social, pero, sin embargo, es más escasa la referencia a su relación con el cambio social y político, con lo que se estanca en la limitación interpretativa y explicativa de la vieja teoría de Pareto. Tampoco la teoría de la circulación de las elites se recoge, ni se reformula, y suele hallarse ausente la relación de las diferentes elites entre sí, la de éstas con la sociedad y la de los individuos con ellas.

Otros utilizan esta terminología, consciente o inconscientemente, como si fuera un género histórico renacido en la actualidad directamente para confrontarse con el materialismo, para apostar expresamente por una historia ideológicamente débil. A veces el uso del término elites sirve para realizar una recuperación de la historia política' descriptiva y evenemencial, que tampoco recoge toda la riqueza que encierra la nueva historia política centrada básicamente en el análisis del poder. Otros lo han utilizado para sustituir demasiado esquemáticamente el conflicto y la lucha de clases con el pacto y la armonización como motor histórico. Hay quienes se han servido de las elites para aplicar la teoría de la modernización con la teleología de presentar las elites como únicas protagonistas capaces de generar un cambio social progresivo y de modernización. Todas éstas son finalidades espurias en su mayoría, que son deudoras de oportunismos metodológicos, que no nacen de reflexiones y del conocimiento riguroso de lo que supuso en su momento la teoría de las elites y de lo que su recuperación representa en la historiografía actual. Tal vez la excesiva presión teórica e ideológica de la etapa pasada de los años setenta del siglo XX nos ha conducido pendularmente al rechazo excesivo de la conceptualización en los instrumentos de nuestra disciplina. La historia de las elites no debe representar un cómodo refugio para realizar una historia débil, tiene virtualidades muy interesantes para afrontar una nueva historia social, no sólo del poder, sino de las diferentes clases sociales, de sus culturas y comportamientos y de su papel en los procesos de cambio.

La herramienta de las elites se ha aplicado casi exclusivamente a la historia política

Ni este método ni el paralelo de la prosopografía se han utilizado para el análisis social propiamente dicho. Sorprende esta casi ausencia de historia de las elites aplicada a los diversos grupos de la sociedad. Un panorama de la historia de las elites extraído de una base de datos de bibliografía extranjera actual nos dibuja un perfil de historia social realizada con la metodología de las elites mucho más rico y polivalente. Valga como muestra la siguiente relación de temas dominantes en ese muestreo: solidaridad de la elite judía en el Londres victoriano, representación femenina en la elite periodística, elite financiera de la city, elite burócrata soviética, elites colonizadoras francófonas, elites negras en África, elite blanca y no-elite negra, migraciones de las elites en Irán, aquiescencia de las elites con el terrorismo en Alabama, conflictos de la elite en la Yugoslavia post Tito, sociología de la elite de la CIA, la elite y el mestizaje en las sociedades americanas, el suicidio entre la elite, actitudes de la elite ante el racismo, movilidad social de la elite, los ritos culturales de la elite, estrategia de supervivencia de la elite en las revoluciones, actitudes de la elite frente a la inmigración, tradición y elite cultural, elite y segregación social, la educación de la elite, estrategias familiares de la elite, elite y sociabilidad, monumentos funerarios de la elite, elite estudiantil y competencia en los colegios, elite colegial y universitaria, mortalidad de las elites, religiosidad de la elite anglicana, los jurados y la creación de elites locales, elite y nacionalismo, la elite tecnológica, elite comercial, elite periodística, elite jurídica, elite intelectual, elite episcopal, elite de la marina, elite diplomática, etc.

En nuestra historiografía este panorama es reducidísimo y apenas se adentra en la exploración de las diversas relaciones y grupos sociales; generalmente sólo merecen su atención aquellos que tienen una mayor proximidad con la política y el poder, como la administración, la empresa y los intelectuales. Son muy pocos, pues, los estudios que se acercan a las elites administrativas, tal como se recogen a pie de página⁹.

⁹ AMELANG: «Barristers and judges in early modern Barcelona: the rise of a legal elite», en *The American Historical Review*, núm. 89, 1984, pp. 1264-84; BELTRÁN, M.: *La elite burocrática española*, Madrid, Fundación Juan March (Colección Monografías: Sección 6.^a, Derecho, economía, ciencias sociales y comunicación social), 1977; DEDIEU,

Algunos más se deciden por abordar las elites económicas, cuya relación también pretendemos resumir en nota 10. Hay obras que principalmente se centran en biografías de sagas o familias, que casi en su mayoría

1. P.: «El grupo personal político y administrativo español del siglo XVIII», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 315; MUMFAS DALMASES, I.: *Las elites políticas de la administración: los altos cargos de la Generalitat de Cataluña*, Barcelona, Cedecs, 1996; PARRADO DÍEZ, S.: *Las elites de la administración estatal (1982-1991): estudio general y pautas de reclutamiento*, Sevilla, Instituto Andaluz de Administración Pública, 1996; SAMANIEGO BONEU, M.: *La elite dirigente del Instituto Nacional de Previsión: un equipo plurideológico durante La II República*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (Acta Salmanlicensia. Ternas científicos, literarios e históricos), 1984; SCHOLZ, J. M.: «En busca de la justicia española», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 155; CUENCA TORIBIO, I. M., y MIRANDA, S.: *El poder y sus hombres. ¿Por quiénes hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998)*, Madrid, 1998.

10 ÁRAMA, I.: «Archivos empresariales y patronales», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 221. CASTRILEJO, F.: «Fuentes para el estudio de las elites relacionadas con la desamortización», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 201; DONNERSMARCK BERNER, C.: *Las elites emergentes en las grandes empresas corporativas: estructura familiar y movilidad geográfica*. [Microforma], Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 1998; FERRER, Llorenç: *Pagesos, rabassaires i industrials a la Catalunya central (ss. VIII-XIV)*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1987; GONZÁLEZ PORTILLA, M.: «Elites empresariales y poder económico en la siderurgia española», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 97; MARTÍNEZ QUINTEIRO, E.: «Empresarios y formas organizativas. Reflexiones historiográficas y metodológicas», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 137; McDONOGH, G. W.: «Uso del lenguaje de la elite en la Barcelona industrial», en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 95, 1987, pp. 217-243; MORENO LÁZARO, J.: «Actividad económica y fe pública: los protocolos notariales como fuente de estudio del palriciado urbano en la Castilla de la Restauración», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 213; MOYA VALGAÑÓN, C.: «La elite económica y el desarrollo español», en FRAGA, M.; VELARDE, I., y DEL CAMPO, S.: *La España de los 10*, Moneda y Crédito, J, 1972, p. 471; NIEFA, G.: «Fuentes para el estudio de los comerciantes en Madrid en el primer tercio del siglo XX», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 227; PRO, I.: «Fuentes fiscales y estadísticas para el estudio de las elites en España», en CARASA, P. (ed.): *Élites. Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 193; SOLA, Angels: «Mentalitat i negocis de l'elite económica barcelonina de mitjan segle XIX», en *VVAA: Orígens del món català contemporani*, Barcelona, 1986, pp. 149-180; SORRIBES, J.: «Creixement econòmic, burgesia i creixement urbà a la València de la Restauració (1874-1931)», en *Recerques*, núm. 15, 1984, pp. 99-124; CARNERO ARABAT, T.: «Economía y poder político en el País Valenciano, 1870-1914», en *Debats*, núm. 8, 1984, pp. 6-14.

son de carácter político o económico, como recogen las citas de abajo ¹¹. También son escasas las obras que analizan las elites intelectuales, algunas de las cuales reproducimos al pie ¹². Apenas aparecen tímidamente las elites femeninas, entre las que mencionamos algunas ¹³. Hay ejemplos de análisis de elites eclesiásticas, pero no son significativos, ni están orientados a descubrir las relaciones de este colectivo con la sociedad. Así pues, la metodología de las elites está prácticamente inexplorada entre nosotros como instrumento de análisis social.

Las razones por las que la historiografía se ha centrado en las elites políticas tal vez esté en relación con la herencia del viejo concepto de elite gobernante, pero puede ser que haya propiciado esta dedicación casi en exclusiva al análisis de las elites políticas el curioso fenómeno de que el lenguaje de las elites ha servido de fácil comodín para terciar en el debate clásico sobre el caciquismo y sobre la naturaleza del poder político, particularmente durante la Restauración, huyendo en buena medida de los duros conceptos del bloque de poder y de la oligarquía dominante.

¹¹ CRUZ, J.: «Revolucionarios con clase. Vida, cultura y fortuna de la familia Sainz de Baranda, 1750-1850», en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Na Contemporánea*, núm. 3, 1990, pp. 25-50; MCHIONCH, G. W.: *Las buenas familias de Barcelona. Historia Social de poder en la era industrial*, Barcelona, 1989; RAMÍREZ, J.: *Las familias más poderosas de España*, Barcelona, Bruguera, 1978, y SIERRA, M.: *Los Ybarra, empresarios y políticos*, Sevilla, 1992.

¹² ANTÓN MELÓN, J.: «La Real Academia de ciencias morales y políticas en el siglo XIX: el laboratorio ideológico de la oligarquía», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 173; CASASSAS i YMBERT, J.: *Intelectuales, profesionales i politics a la Catalunya contemporanea, 1850-1920*, Barcelona, 1898; ERDOZIA, X.: «Un estudio prosopográfico de los líderes intelectuales del mundo empresarial vasco (1890-1936)», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 223-228; GARCÍA ENCABO, C.: «Crónicas de eruditos, repertorios biográficos y prensa», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 241, Y GONZÁLEZ MOREDA, D.: «La función social de las elites intelectuales en la España Contemporánea», en IGLESIAS, M. C.; MOYA, C., y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, L. (comps.): *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, CSIC, 1985, 11, pp. 215-229.

¹³ GARCÍA DE LEÓN, M. A.: *Las elites femeninas españolas (una investigación sociológica)*, Madrid, Queimada Edic., 1982; RADCLIFF, P.: «Elite women workers and collective action: the cigarette makers of Gijón, 1890-1930», *Journal of Social History*, núm. 27, 1993, pp. 85-108, Y DIEZHANDINO NIETO, M. P.; BEZUNARTEA, O., y COCA, C.: *La elite de los periodistas: cómo son, qué piensan, de qué forma entienden la profesión, quién les presiona y cuáles son las ajiciones de los periodistas más importantes de España*, Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco 1994.

Significativa selección de épocas a las que se aplica el método

También la elección del período cronológico sobre el que versan los estudios está muy monopolizada. Parece que se aplica con preferencia a épocas más restrictivas, autoritarias y menos democráticas, y en cualquier caso con más intensidad aún para los períodos en que está en debate y en proceso de implantación la participación política de la sociedad. En el caso de la España isabelina, en el que aún este debate y proceso está en ciernes e inmaduro, no ha sido tan frecuente el uso de la terminología elitista, se ha solido adoptar con mayor frecuencia la denominación de notables¹⁴, pero ha acostumbrado también a ser más rica la elaboración doctrinal y teórica de su metodología. Aplicada la metodología de las elites al sexenio ha servido sobre todo para des-

¹⁴ BERNAL, A. I.: *Los diputados aragoneses durante las Cortes del Trienio constitucional (1820-1823)*, Universidad de Zaragoza, 1986; BURDIEL, I.: «La nueva aristocracia. Aproximación socio-política a la formación del bloque de poder moderado en Valencia, 1844-1854», *La Historia i els Joves Historiadors Catalans*, Barcelona, La Magrana, 1985; BURDIEL, I.: «Análisis prosopográfico y revolución liberal. Los parlamentarios valencianos (1834-1854)», en *Parlamento y política en la España Contemporánea*, número monográfico de la *Revista de Estudios Políticos*, núm. 93, 1996, pp. 123-138; *La política de los notables. Moderados y avanzados durante el régimen del Estatuto Real (1834-1836)*, Valencia, 1987; CRUZ, J.: *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; *Notability and revolution: social origins of the political elite in liberal Spain, 1800 to 1853*, en *Comparative Studies in Society and History*, Jan 1994, pp. 97-121; ÉSTEBAN, M.: «Cambios y permanencias en las elites políticas y administrativas del reinado de Fernando VII», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 229-238; PONS, A., y SERNA, I.: «Elitismo y dominación de clase en Valencia (1856-1868)», en *Saitabi*, núm. XXXIV, 1984, pp. 153-167; «La formación de la oligarquía valenciana. Los patrimonios agrarios y los nuevos modelos de crecimiento en la Valencia del siglo XIX», *Ti Coloquio de Historia Agraria*, 1986; «Los nuevos vecinos. La burguesía financiera, el control social y la propiedad inmobiliaria en Valencia a mediados del siglo XIX», en *I Congrés de Historia de la Ciutat de Valencia (s. XIX-XX)*, vol. III, Valencia, 1988; SALAS VIVES, P.: *Notables i poder local en una vila mallorquina: Sineu, 1855-1875*. Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, Servei de Publicacions, 1992; SÁNCHEZ MARROYO, F.: *El proceso de formación de una clase dirigente. La oligarquía agraria en Extremadura a mediados del siglo XIX*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1991; SOLA I PARRERA, A.: *L'elite barcelonina a mitjans segle XIX*, Tesis doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1972, y TORRES LIARTE, C.: *Los diputados aragoneses en las Cortes de Cádiz (1808-1814)*, Zaragoza, 1987.

mentir la interpretación revolucionaria¹⁵ y en algunos casos para tratar de reducir el período a un conflicto entre elites políticas, al margen del pueblo y de los problemas sociales y económicos de fondo.

Paradigmáticamente se aplica a la etapa de la Restauración y se ha mezclado con las diferentes interpretaciones del caciquismo¹⁶. Es

¹⁵ DE LA FUENTE MONGE, C.: *Elites y poder en la España liberal. Los revolucionarios de 1868*, Madrid, Marcial Pons, 2000, y JANUE, M.: «Los representantes políticos de Barcelona durante el Sexenio revolucionario: elementos de cambio y continuidades», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 251-266.

¹⁶ ACOSTA, F.: *Cordobeses en el senado de Alfonso XIII*, Tesis doctoral, 1994; AGUIRREAZCUEENAGA, I.; SERRANO, S.; URQUIJO, I. R., Y URQUIJO, M.: «La elite política. Fuentes y metodología para un estudio prosopográfico: diccionario de los parlamentarios de Vasconia. 1808-1876», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 163. ÁLVAREZ REY, L.: «Elites políticas en Sevilla durante la crisis de la Restauración (1898-1931)», en *Espacio, Tiempo y Forma, 1990*; ANADÓN, J.: «El Senado en la época de Alfonso XII: Una aproximación prosopográfica», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 135-139; «Fuentes parlamentarias: el archivo del senado», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 187; ARRANZ, L., y CABRERA, M.: «El parlamento de la Restauración», en *Hispania*, LV/189, 1995, pp. 67-98; CABRERA, M. (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998; CARNERO ARBAT, T.: «Crisi i burgesia conservadora durant la Gran Depressió: el País Valencià, 1879-1889», en *Estudis d'història Agrària*, núm. 1, 1978, pp. 98-113; CUENCA TOHIBLO, J. M., Y MIRANDA CAHÍA, S.: «Sociología de los ministros de la Restauración (1902-1931)», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 75, 1992, pp. 87-130; FORNER, S., y GAHÍA, M.: *Cuneros y caciques*, Alicante, 1990; GUTIÉRREZ LORET, R. A.: «Restauración y republicanism: Elites locales y representación política en Alicante (1875-1895)», en *Las elites en la modernización española, Espacio, Tiempo y Forma*, Historia Contemporánea, 1. 3, UNED, 1990, pp. 119-129; LINZ, J.: «Continuidad y discontinuidad en la elite política española: de la Restauración al Régimen actual», en DÍAZ, E., y MOHOJO, R. (eds.): *Estudios de ciencia política y sociología. Homenaje al Profesor Carlos Ollero*, Madrid, 1972, pp. 261-423; MARTÍ MARTÍNEZ, M.: «Aproximació al personal polític castelloneng de finals del XIX...», en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, años 1988-1990; MASTELLONE, S.: *Las clases dirigentes* (Antonio Álvarez de Morales y Constantino Carcía, recopiladores), Madrid, Edersa, 1992; PEÑA GUERRERO, M. A.: «La elite política de Huelva ante la contienda electoral de 1923», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 1990; PÉREZ LEDESMA, M.: *El senado en la Historia*, Madrid, 1995; REY REGUILLO, F., y MORENO LUZÓN, I.: «Semblanza de la elite parlamentaria en la crisis de la Restauración (1914-1923)», en *Parlamento y política en la España Contemporánea*, número monográfico de la *Revista de Estudios Políticos*, núm. 93, 1996, pp. 177-204; RICHAIW, R.: «Etude sur les gouverneurs civils en Espagne de la Reaturation à la Dictadure (1874-1923). Origine géographique, fonction d'origine et évolution d'un personal político-administratif», en *Melanges de la Casa de Velázquez*, núm. 8, pp. 441-474; RODRÍGUEZ AYALA, A.: «Elecciones y elites parlamentarias

sin duda el escenario modelo para analizar esa etapa intermedia en que la participación ciudadana en política es objeto de controversia, no sólo entre los historiadores, sino entre los protagonistas, es el momento de cruce de culturas políticas tradicional y nueva, es el ring donde se han batido los más duros combates entre la interpretación materialista y funcionalista del caciquismo, el campo de batalla donde miden sus fuerzas la teoría de la modernización y la revolución, el ámbito cronológico más adecuado donde ciertos grupos han decidido plantear una campaña historiográfica contra el materialismo. Nosotros mismos, en el trabajo en equipo sobre las elites castellanas de la Restauración, pretendimos abordar esta cuestión, superar viejas polémicas estériles, incorporar buena parte de las conquistas historiográficas materialistas anteriores, dar cabida a algunos logros indudables de la interpretación política y funcional y avanzar hacia una reelaboración actualizada del significado de las elites en el cambio político y social. Pero por lo común no reina el espíritu de integración; hay entre este conjunto abundante de obras mucha literatura de combate, habitualmente pertrechada con armas ideológicas bastante débiles y poco elaboradas que, en un combate desigual, no son capaces de entrar en diálogo ni de aportar avances frente a la herencia dura, cerrada y fuerte de la teoría marxista. En este contexto restaurador tampoco han estado ausentes las elites coloniales, como un protagonista más de este conflicto de poder, tal como reflejamos abajo ¹⁷.

Por inercia siguen algunos estudios, buscando aún la continuidad o ruptura con la Restauración, dedicados a la Dictadura ¹⁸, pero con mucha menor intensidad. Muy escasamente se ha aplicado el método

en Cádiz, 1903-1923», en *Espacio, Tiempo y Forma*, 1990, y SIERRA, M.: *La política del pacto. La Restauración en Sevilla*, Sevilla, 1994. SIMPOSIO «La España de Alfonso XIII, 1902-1931. Las elites españolas del liberalismo a la democracia» celebrado en Madrid en noviembre de 1989.

¹⁷ BAHAMONDE MACRO, Á., Y CAYLELA, J.: *Hacer las Américas: las elites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid, Alianza Editorial, 1992; M. del BARCIA ZEQUEIRA, C.: *Elites y grupos de presión: Cuba, 1868-1898*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1998; CAYUELA, J. G.: «Los capitanes generales de Cuba Elites coloniales y elites metropolitanas, 1823-1898», en *Historia Contemporánea*, monográfico *A vueltas con el sujeto*, núms. 13-14, 1996, pp. 197-222, Y SYME, R.: *Elites coloniales: Roma, España y las Américas*. Traducción, introducción y notas de Antonio Caballos Rufino, Málaga, Algazara, 1993.

¹⁸ GÓMEZ NAVARRO, I. L.; GONZÁLEZ CALBET, M. T., y POHTIUNDO, E.: «Aproximación al estudio de las elites políticas de la Dictadura de Primo de Rivera», en *Cuadernos*

elitista para analizar el poder político durante la II República¹⁹, exceptuadas ciertas biografías de protagonistas relevantes; visto superficialmente el período no se presenta a los historiadores como un campo propicio y abonado para el estudio de las elites, tal vez se cree con demasiada superficialidad que el mundo republicano no estaba liderado por unas elites, pero de hecho encierra grandes posibilidades ese mareo para el análisis del papel de las elites en el cambio de cultura política y de comportamientos sociales. Son más abundantes y significativos los estudios de las elites franquistas²⁰, otro ámbito idóneo donde sin duda volverá a plantearse el papel de las elites en el cambio social y político del tardo franquismo, en contraposición al significado que jugaron las masas obreras y estudiantiles, cada vez mejor conocido. Ya cuando los estudios de las elites se aproximan al período de la Transición²¹ adoptan un sentido menos histórico, más sociológico y menos comprometido; aún no se ha abierto el debate profundo y generalizado sobre el carácter elitista, amnésico y pactado de la Transición

económicos del ICE, núm. 10, 1979, pp. 183-208, Y PALOMARES, J. M.: *La Dictadura en Valladolid. La continuidad de una elite*, Valladolid, 1998.

¹⁹ AYALA VICENTE, F.: *La vida política en Cáceres durante la Segunda República*, Cáceres, Facultad de Filosofía y Letras, 1990; AYALA VICENTE, F.: «Las elecciones de febrero de 1936 en la provincia de Cáceres», en *Alcántara*, núm. 19, 1990, pp. 43-52; BUENO LIDÓN, I. R.; GAUDO GAUDO, C.; ZUBERO, L. G.: *Elecciones en Zaragoza Capital durante la II República*, Zaragoza, 1980; MARCOS DEL OLMO, C.: *Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la Restauración y la Segunda República (1907-1936)*, Valladolid, 1995; *Las elecciones del Frente popular en Valladolid*, Valladolid, 1986; MATEOS RODRÍGUEZ, M. A.: *La República en Zamora (1931-1936). Comportamiento político electoral de una sociedad tradicional*, Zamora, 1995, y REQUENA GALLEGO, M.: *Partidos, elecciones y elite política en la provincia de Albacete, 1931-1933*, Albacete, 1991.

²⁰ BAENA DEL ALCÁZAR, M., y MADAHIA, I. M.: «Elites franquistas y burocracia en las Cortes actuales», en *Sistema*, núm. 28, pp. 3-50; BAENA DEL ALCÁZAR, M.: *Elites y conjuntos de poder en España (1939-1992): un estudio cuantitativo sobre parlamento, gobierno y administración y gran empresa*, Madrid, Tecnos, 1999; CENARRO, A.: «Elite, party, church. Pillars of the Francoist "new state" in Aragon, 1936-1945», *European History Quarterly*, Oct 1998, pp. 461-486; JEREZ MIR, M.: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982, y MÁRQUEZ CHUZ, G.: «La continuidad de las elites políticas locales del franquismo en los ayuntamientos democráticos: la transición local en Andalucía (1973-1979)», en *II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 1991.

²¹ HERAS, R.: *El clan*, Madrid, Temas de Hoy (3.ª ed.), 1990; LOZANO, M.: *Los poderes ocultos: mecanismos y tramas de dominación en el mundo actual*, Valladolid, Alba Longa, 1994; PARRADO DÍEZ, S.: *Las elites de la administración estatal (1982-1991): estudio general y pautas de reclutamiento*, Sevilla, Instituto Andaluz de Administración

española, que anda aún sobrevolando la realidad en las volandas del consenso, la exaltación monárquica y la autocomplacencia.

Como no podía ser de otra manera, el furor histórico de los nacionalismos y autonomismos, el interés de las instituciones regionales y locales por legitimar y consolidar identidades, y el rearme del nacionalismo español han vinculado extraordinariamente el análisis de las elites a los diferentes espacios regionales de España. Es verdad que, además de estas influencias externas, la lógica del planteamiento de las elites conduce a reducir el ámbito de estudio al marco histórico exacto en que se mueven esos protagonistas y a sobrevalorar el impacto particular y hasta individual de estos protagonistas destacados. Por todo ello, comprobamos cómo en la historiografía española el análisis de las elites es básicamente regional, y constatamos cómo en este microcosmos vuelven a reproducirse las características de reparto de tiempo, tema y espacio que antes hemos señalado para el conjunto español²².

Pública, 1996, Y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, L.: *Elites y democracia*, Valencia, Fernando Torres, 1976.

22 CABALLERO, M.: *El sufragio censitario. Elecciones generales en Soria durante el reinado de Isabel II*, Ávila, 1994; ACOSTA, F.: «Los estudios sobre elites en Andalucía: estado de la cuestión», en CAHASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 259; AGUIRREAZKUEENAGA, J.: *Diccionario Biográfico de los Diputados Generales, Burócratas y Patricios de Bizkaia (1800-1876)*, Bilbao, Juntas Generales de Bizkaia, 1995; BENEDÍ, D. A.: *Sociología electoral de Zaragoza, 1903-1936*, Universidad de Zaragoza, 1972; FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: «Aragón Contemporáneo. Elites y grupos de presión», en *I Congreso de Estudios Aragoneses*, Zaragoza, 1978; CARASA, P.: «Elites castellanas de la Restauración. Un estudio de prosopografía regional», en *Investigaciones Históricas*, número monográfico 15, 1995; CASA NAVARRO, F.: *La política y los políticos toledanos en el reinado de Alfonso XIII*, Toledo, 1992; *Diccionario Biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*, Vitoria-Gasteiz, Parlamento Vasco, 1993; GAHICIA ANDREU, M.: *Crecimiento económico, burguesía y poder local (Alicante, 1902-1923)*, Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Alicante, 1986-1987; GONZÁLEZ CALLEJA, E., Y MORENO LUZÓN, J.: *Elecciones y parlamentarios. Dos siglos de historia en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1993; GUTIÉRREZ, R. A., Y ZURITA, R.: «Las elites en el País Valenciano contemporáneo: una investigación en curso», en CAHASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 303; JANUE, M., y RUBI, M. G.: «Las elites en la Cataluña contemporánea: estado de la cuestión y recientes aportaciones historiográficas», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 269; KARASUSAN, I. F.: «Las elites contemporáneas en Navarra. Un vacío historiográfico», en CAHASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 299; LINZ, J. J.: *Estudio socio-económico de Andalucía. Factores humanos, elites locales y cambio social en la Andalucía rural*, Madrid, 1970; LÓPEZ RODRÍGUEZ, P.: «Las elites contemporáneas en La Rioja y Aragón: a la búsqueda de un sujeto

histórico», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 289; LUENGO TEIXIDOR, I.: *La crisis de la Restauración. Partidos, elecciones y conflictividad social en Guipúzcoa, 1917-1923*, Bilbao, 1991; MARTÍ MARTÍNEZ, M.: *Cossieros i anticossieros. Burguesia i política local: Castelló de la Plana, 1875-1891*, Castellón de la Plana, 1985; MARTÍNEZ GORRIARÁN, C.: *Casa, provincia, rey: (para una historia de la cultura del poder en el País Vasco)*, Irún, Alberdania, 1993; MERINERO MARTÍN, M. J.: *Comportamiento político de Cáceres (1891-1931) Desmovilización y dependencia*, Cáceres, Institución Cultural el Brocense, 1981; «Elites y control político en Cáceres, 1891-1931», en *Norba* " 1980, pp. 383-394; MERINERO, M. J., y SÁNCHEZ MARROYO, I.: «Los estudios sobre las elites en Extremadura», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 285; OHTII DE OIRRUÑO, I. M.: «Las elites en la historiografía vasca: una cuestión todavía pendiente», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 309; PELAZ, J. V.: «Elites políticas en Castilla y León durante la Restauración: estado de la cuestión», en CARASA, P. (ed.): *Elites, Prosopografía Contemporánea*, Universidad de Valladolid, 1994, p. 279; PEÑA GUERRERO, M. A.: *El sistema caciquil en la provincia de Huelva. Clase política y partidos (1898-1923)*, Córdoba, 1993; PÉREZ ARRIBAS, E.: *Politics i cacics a Castelló (1876-1901)*, Valencia, 1988; ROMERO, C.: «Los comportamientos políticos» en *Historia de Castilla y León*, vol. 9, Valladolid, Ámbito, 1986, pp. 98-125; SALAS VIVES, P.: *El poder i els poderosos a les viles de Mallorca (1868-1898)*, Pròleg de Llorenç Ferrer i Alós, Palma de Mallorca, Documenta Balear, 1997. TAROADA MOURE, P.: *Las Elites y el poder político: elecciones provinciales en Pontevedra (1836-1923)*, Pontevedra, Diputación Provincial, 1987; URQUIJO GAITIA, J. R.: «Análisis prosopográfico de los parlamentarios de Vasconia (1809-1876)», en *Parlamento y política en la España Contemporánea*, número monográfico de la *Revista de Estudios Políticos*, 93, 1996, pp. 97-122; VVAA, *Áctas del Congreso Caciquismo y Elecciones. Realidades políticas en la Castilla de la Restauración, Medina del Campo*, :30-31 de enero y 1 de febrero de 1989; YANINI, A.: «Parlamentarios valencianos: los diputados (1876-1901)», en *Les elites espagnoles a l'epoque contemporaine*, Pau, 1982, pp. 83-97; HERNÁNDEZ, F. J.: *Las elecciones políticas en la región castellano-leonesa*, Valladolid, Ámbito, 1982, y SÁNCHEZ HERRERA, F. J.: *La elite política grancanaria, 1979-1995*, Las Palmas de Gran Canaria, 1997.